

tos, delirantes, criminales que elevan el delirio á la categoría de justicia y la destrucción á la categoría de ley.

Esos criminales no merecen piedad, no pueden pedirla, no la piden, no deben obtenerla tampoco. La sociedad hace perfectamente en proceder contra ellos, pero haría muy bien, al propio tiempo, en atender las justas reclamaciones de los que no tienen dichas que llevar al alma y pan que llevar á la boca.

Castíguese en buena hora á los criminales, pero atiéndase á los infelices para que no se vuelvan criminales.

Ya que el delito no puede ser justo, evitemos que sea lógico. Quitémosle toda razón, no digamos razón, todo motivo, no digamos motivo, toda excusa, no digamos excusa, todo pretexto. Seamos severos con nosotros para ser inflexibles con los demás y de este modo nos evitaremos la triste resultante que ofrece el asesinato de D. Antonio Cánovas.

Dos hombres caídos y el problema en pie.



CUERPO Á CUERPO.

La Guardia civil, los forales y los agentes de Orden público, cargaron contra los huelguistas resultando dos de éstos heridos.

(DE UN TELEGRAMA DE BILBAO.)

MOSCÚ 30.— Los trabajadores de las fábricas de hilados de algodón de Vikula, Maraschowe, Cheschow y Sajewo, en el Gobierno de Wladimir, después de declararse en huelga, se han amotinado, pegando fuego á la casa del Director de las fábricas.

Además entraron á saco en las oficinas apoderándose de la caja de caudales, de la cual extrajeron 40.000 duros en billetes de Banco.

En vez de utilizarse de esta suma, prendieron fuego á los billetes.

El Director se salvó milagrosamente de la muerte.

Las autoridades han pedido el envío de tropas para restablecer el orden.

(DE LA AGENCIA FABRA.)

Se han empeñado y lo consiguen. Responden á las pretensiones del obrero con un encogimiento de hombros ó con una descarga y siguen explotándole, vejándole, desatendiéndole, como si no ocurriese nada, como si no hubiera que temer nada. «Te desprecio, te mato, y á vivir... ¿Quién piensa en los despreciados y en los muertos? ¿Qué puede hacer esa *gentuza* desarmada y hambrienta? ¡Bah! ¿Que se amotinan? Se carga contra ellos. ¿Que el hambre les hace gritar mucho? Se les tapa la boca con un puñado de calderilla... No merece la pena... Sigamos explotándolos y enriqueciéndonos. Para someterlos están los soldados, para dominarlos nuestro oro; la sangre acobarda, el oro humilla. A otro asunto.»

¡A otro asunto! Le dicen y lo que aún es peor lo creen. ¡Cuánta ceguedad!... De igual

modo que las razas degeneradas tienen la intuición orgánica de que sus vicios y debilidades fisiológicas las hacen perjudiciales para la especie y, comprendiendo que deben desaparecer, producen individuos de instinto suicida, así las clases explotadoras sienten que sus vicios sociales las condenan á muerte y producen entidades suicidas también. Sólo de tal suerte puede uno explicarse la insensata actitud que adoptan los opresores ante las reclamaciones de los oprimidos.

¿Cómo explicar sino que ante el continuo clamoreo de la miseria, del trabajo mal retribuido, del estómago mal alimentado, de una humanidad sedienta de justicia que reclama su puesto en la vida... los gobernantes no resuelvan cosa de provecho, los poderosos permanezcan indiferentes y los estrujadores del pueblo aprieten la muela de su codicia para estrujarle más y para que chorreen con mayor abundancia la sangre y el sudor que los enriquecen?...

Por si no es ésta la razón (de lo contrario holgarían consideraciones y advertencias) bueno es que los de arriba se fijen un poco en lo que ocurre abajo; bueno es que estudien los acontecimientos con esta cuestión formidable relacionados y que vean á lo que se exponen; porque si no se fijan bien, si no reparan en la actitud de las clases obreras; si no procuran suavizar la pendiente para que el encuentro inevitable entre unos y otros termine en un abrazo, el encuentro será un choque terrible y el abrazo lucha desesperada cuerpo á cuerpo.

Fíjense en ello los fabricantes bilbainos, los que se reirían detrás de los cristales de su balcón mientras la Guardia civil y los agentes de Orden público cargaban sobre los huelguistas. Fíjense en ello los que imaginan que las indignaciones del obrero pueden amansarse con un puñado de *perros chicos*, fíjense y veán que los soldados llegan tarde unas veces, que otras son impotentes para reducir á la multitud insurreccionada y que

el oro no siempre sirve para dulcificar odios y mantener rencores.

¿Lo dudan? Pues ahí arriba, en el telegrama de Moscou tienen un ejemplo iluminado por las llamas de un incendio, y dibujado con líneas de sangre.

Unos trabajadores rusos, un millar de esos infelices que viven como bestias en cabañas miserables, apizarradas por el hielo, hacen una reclamación á sus patronos, piden aumento de jornal; los patronos se niegan á oírlos y la huelga viene; tras de la huelga aparece el hambre, la cabaña sin lumbre, la hembra sin pan, el hijo sin pecho nutrido que lo alimenta... El odio, la desesperación, la protesta salvaje de cien generaciones oprimidas sube como una oleada de cólera á aquellos cerebros, sacude con brutal sacudida nervios y músculos; los hombres se amontonan, se apiñan, se miran un instante unos á otros como si dudasen, como si temiesen; los rostros palidecen con palidez trágica, los entrecejos se fruncen, los pechos alientan y corren.

los puños se crispan... Aquellos hombres esperan contemplando la fábrica donde está su jornal, que les ha cerrado sus puertas. Esperan... ¿qué?... una voz. Y la voz suena. Es breve y terrible como las sentencias de muerte. ¡Destruyámosla! grita la voz... Y la multitud cae sobre la fábrica y las puertas saltan en pedazos y las máquinas son destruidas pieza á pieza y los que quieren detener á los invasores, destrozados... y una mano... una, la más rápida, acerca una tea ardiendo á cualquier objeto combustible y la fábrica se transforma en hoguera y la multitud de trabajadores que pedían pan en tumulto de fieras que piden ruinas y desastres.

¿Quién puede detener á esa multitud rabiosa?... ¿Los soldados? están lejos, muy lejos... ¿La súplica? el rencor es sordo á la piedad. ¿El oro?... El oro está allí, á su alcance, en papeles que representan miles de rublos y lo echan al fuego después de hacerlo trizas entre sus manos temblorosas de hombres hambrientos.

No; ¡que no ocurra eso! Por vosotros, por ellos!...

¿Qué necesitáis para que no ocurra?

¿Ser más buenos?

No; ser más justos.

1897.

